

La sed hospitalaria

*Quien ha cavado el pozo e iza el agua yacente
arriesga su corazón en la juntura de sus manos*

René Char

7 de mayo de 1945, el ejército soviético conquista Berlín junto con sus aliados, poniendo fin a la Segunda Guerra Mundial. Ese día nació él, en el hospital de Mataderos. Desde el desastre de Stalingrado su familia había estado siguiendo la decadencia de las fuerzas alemanas que culminó en la batalla de Kursk, la más larga de la historia: de principios de junio a fines de agosto; tres millones de soldados perdidos, miles de tanques y aviones destruidos. A pesar de que los alemanes estaban mejor equipados, los rusos vencieron por superarlos numéricamente de ocho a uno... Mientras mi padre me contaba esta historia yo disponía mis soldaditos sobre la alfombra y organizaba la artillería pesada. Octavo hijo de rusos inmigrantes llegados a Buenos Aires a principios de 1900, mi padre había roto la tradición familiar y estudiado para maestro. Mi abuelo fue carnicero y también lo eran mis tíos. Habían llegado en barco; mi abuela tuvo su cuarto hijo en el océano. La ayudó a parir mi abuelo. Todo esto le refirió mi padre al director de la escuela en la entrevista por el cargo vacante, mientras el hombre miraba los datos que acababa de completar (fugas emocionales: a veces mi padre se iba de boca). En general, no tomamos gente de su edad, lo cortó el director, pero tratándose de una suplencia..., pude escuchar con claridad desde la Secretaría. Daba la casualidad que yo estaba visitando precisamente la escuela donde mi padre se encontraba pidiendo trabajo. Me habían nombrado supervisor pedagógico hacía unos meses. El director, más habituado a sospechar que a complacer, a trepar que a ascender, no lo sabía. No sabía que el maestro canoso y algo vencido sentado frente a él era mi

padre, el padre del joven supervisor que en ese momento revisaba los expedientes escolares. De gesta en gesta, de cargo en cargo, el hombre había logrado alcanzar aquel asiento desde donde ahora miraba a mi progenitor -frente, boca, nariz, pecho, brazos, piernas-, leyéndolo como una página: el cuerpo no miente. Mi padre no tenía más remedio que aguantar la inspección. Le faltaban unos meses para jubilarse, y a la escuela donde había ejercido la docencia hasta entonces, acababan de cerrarla por peligro de derrumbamiento. Cuarenta años en las aulas de la N° 10 de Mataderos. Por ellas habían pasado centenares de pibes del barrio, hijos y nietos de la carne.

A través de la puerta entreabierta, que comunicaba la Secretaría con la Dirección, podía ver yo perfectamente al director pero no a él. Sí, imaginarlo, sentado allí, captando todo con el hemisferio derecho de su cerebro, procesándolo, colocándole un orden, mediatizándolo por la palabra organizadora en su hemisferio izquierdo, mordiéndose la lengua para no agregar ilustraciones que no venían al caso; un temblor en el plexo solar, una leve expresión de miedo a que salga algo inconveniente. Vi al director levantarse de su asiento con el aire de quien está haciendo lo que hace todos los días de su vida a la misma hora, y dirigirse a la ventana que daba al patio. La abrió y le gritó algo a un chico. Desorejado..., masculló volviendo a cerrarla, y pareció que iba a agregar algo más pero no lo hizo. Se sentó nuevamente, se pasó la mano por el pelo entrecano cortado al rape y replegó los labios para luego entreabrirlos como si fuera a morder. Estaban de nuevo frente a frente, seguramente asombrados de soportarse sin bostezar. Le va a tocar un grupo difícil, dijo el director. De treinta alumnos hay tres ADD, dos bolivianos, un adoptado y dos desafiantes. Ya desde 1948 Bachelard planteaba que no existe lo simple, sino lo simplificado, habría agregado mi padre con seguridad, de no sonarle el celular al director quien lo despachó con un gesto, y un rápido, hasta el lunes. Escuché un ruido de puerta al cerrarse y la voz del director que

seguía al teléfono. Dejé a un lado los expedientes. El sonido de la campana debe haber sobresaltado a mi padre cuando se detuvo a atarse los cordones en el medio del patio y un chico lo atropelló al salir corriendo al recreo. A través de la ventana de la Secretaría observé cómo se contuvo para no reprimirlo. Se sacudió los pantalones y buscó rápidamente la salida. Ahí lo perdí de vista.

El portero abrió la puerta con una de las múltiples llaves que sacó del bolsillo de su uniforme de fajina. Mocosos, dijo. Había visto el atropello. Son unos maleducados, hacen lo que quieren. Situado en el límite de lo analizable, Nicolás Pudovkin pudo haber respondido al portero si acaso él pensaba que un chico sabe lo que quiere, si quiere o no ir a la escuela, por ejemplo, pero optó por preguntarle a qué hora empezaban a llegar por la mañana. Algunos vienen una hora antes, tipo siete, le respondió el hombre con desgano, y cuando llego ya hay varios esperando en la puerta. ¿Solos? Y..., los padres son gente que trabaja, que tiene que viajar; qué le va a hacer. Lo que se pueda, dijo él. Buenos días.

Niños desbordados, padres excedidos: ¿hasta cuándo? En lo que a él concierne, unos meses, se dice, mientras sube al colectivo bendiciendo el asiento vacío, allá al fondo, que le permitirá dormir en el trayecto a su casa. El insomnio es algo nuevo en su vida. Se acuesta rendido, como siempre, pero es apagar la luz y empezar a dar vueltas; de costado, boca arriba, sacar una de las dos almohadas, agregarla cuando al fin vuelve a prender el velador y agarra lo que estaba leyendo: “Niños desatentos e hiperactivos. Versiones actuales del sufrimiento infantil”. Lee dos páginas y se le caen los párpados. Vuelve a apagar la luz y, a punto de entregarse, o ya dormido, no está seguro, *siente* llorar a una persona. Cree ser él, pero no se escucha. Hace esfuerzos para que su llanto cobre volumen. Su madre está de espaldas. También llora; a ella sí puede escucharla. Su padre ha muerto: ¿En la guerra?, pregunta él; ahora sí puede escucharse

y escuchar a su madre que le contesta: En el frigorífico. Ahí se despierta: son las tres de la mañana y tiene que levantarse a las seis. En la metáfora se usan los mismos mecanismos del sueño: condensación y desplazamiento. Los sueños aparecen en imágenes y al recordarlos les ha puesto palabras. Ahuyentado el temor a que su madre no lo reconozca o le hable en una lengua ininteligible, vuelve a dormirse.

El lunes amanece lluvioso. Desayuna unos mates y sale. Debajo de la campera lleva el delantal blanco gastado por el uso y la lavandina. Si tiene el delantal puesto no paga boleto, no es que le guste andar por ahí con delantal. Encima ha engordado en el último tiempo y le queda ajustado. Los ojales apenas retienen los botones. Se conforma pensando que en unos meses podrá quemarlo en el patio de atrás o hacerlo trapo, mejor, para limpiarse las manos cuando engrasa la cadena de la bicicleta.

El colectivo llega repleto y viaja parado. Los alientos a resaca nocturna flotan en el aire viciado del coche. Hay cosas a las que no se acostumbra. Una es esa. Llega a la escuela cuando el portero está abriendo la puerta. Son varios los chicos que se amontonan para entrar. El hombre lo saluda un tanto sorprendido al verlo llegar con el delantal asomando por debajo de la campera. El otro día pensé que era un padre, le dice. No sabía que... Hoy empiezo la suplencia en 5° A, le aclara él. ¿Me podría indicar dónde queda el aula? Al final del pasillo. ¿El director no llegó? El portero chasquea la lengua: En un rato nomás: ¿qué necesita? Saber si el aula está abierta. En la otra escuela donde trabajaba... Aquí lo único que se cierra es esta puerta para que los pibes no se escapen, lo interrumpe el portero. ¡Che, vos!, le grita a uno que entra sin delantal. Me sangró la nariz, dice el chico. Mi mamá me dio una nota para... El hombre vuelve a interrumpir, esta vez al pibe que lo mira: Vos sos de 5° A ¿no? El chico asiente. Acompañá al maestro a tu aula.

El aula está vacía. Deja sus cosas en la silla que está detrás del escritorio y ve que el chico hace lo mismo en una de las que están al fondo. A ver esa nota, le dice. El chico busca en su mochila y se le acerca. No la encuentro, le miente. Sabe que le miente, así como sabe que ser hijo de un carnicero no es lo mismo que ser hijo de un soldado. Mañana venís con delantal ¿de acuerdo? Tu mamá ya habrá tenido tiempo de lavarlo. ¿Cómo te llamás? Humberto. Muy bien Humberto, yo soy Nicolás, tu maestro suplente, pero me dicen Nico. Se rompió, dice el chico. ¿Qué cosa? El delantal. Mi mamá dice que está para tirarlo a la basura. ¿Y vos que pensás? Que los delantales son una porquería. Se ensucian de nada; si jugás a la mancha te arrancan los botones, los bolsillos, la traba; en mi casa no van a comprarme uno nuevo. Sus ojos redondos apuntan inmóviles, como esperando una respuesta del hombre mayor que es él y lleva puesto un delantal blanco, viejo, pero limpio.

¿Usted ve o no ve el horizonte?, le preguntaron en una de las escuelas donde se presentó y no lo llamaron. Él lo único que veía era un montón de fragmentos dispares, un rato iluminados, un rato en sombra, colgando y hamacándose como la ropa interior de una familia en una soga un día de viento. Las batallas libradas hasta ahora le parecían menos arduas que las por venir. No veía nada bueno en el presente y no esperaba nada del futuro. No lo dijo, pero lo debe haber dado a entender. Había vacilado en tomar una suplencia donde nadie lo conocía, de alterar una rutina que ya se medía por décadas, y pagar a su edad un nuevo derecho de piso. Andá al patio, Humberto. Ya veremos de conseguirte un delantal.

Plantado frente al salón recién inaugurado, considera las dos opciones que, por antiguas y repetidas, conoce hasta el cansancio: escuchar con interés, dejando a un lado el pensamiento reduccionista orientado a obtener resultados sin cuestionar la forma en que una psiquis infantil se desarrolla sanamente, o, soportar otro día abrumador,

limitarse a los contenidos, ser monótono, monocorde y aburrirse con los alumnos. Este Humberto que acaba de salir, dueño de un delantal hecho tiras, debe ser uno de los desafiantes que le mencionó el director. Inquieto, intranquilo, atrevido, aspectos que también suelen jugar como seguro, audaz, curioso. Aún no le han dado la lista con los nombres y por lo tanto no hay nombres señalados en la lista. Mejor. Ya los va a descubrir por sí mismo. Lo importante es estar con los pibes sin sentirse necesariamente obligado a actuar: Tengo que..., hay que..., nunca..., no debo..., jamás..., siempre... Está harto de las exigencias. Las exigencias no ven ni reconocen los logros. En eso piensa cuando el portero asoma la cabeza para decirle que llegó el director y que lo espera en su oficina.

Tomando café, rodeado de papeles, apenas levanta la vista cuando entra. Mire, Pudovkin, le dice a modo de saludo, darle clase a estos pibes no va a ser tarea fácil; son muchos y, como le anticipé, hay unos cuantos complicados. Se contiene para no contestarle que él sabe muy bien lo que es dar una clase en la que sólo unos pocos van a involucrarse. Un esfuerzo multiplicado por ¿treinta? De la relación director y docente se le imponen un par de cuestiones: la importancia de decir lo preciso y decirlo rápido; la tensión entre director y docente que coloca a este último en la cuerda floja obligándolo a hacer equilibrio. Como cuando era chico y en la escuela le decían *el ruso* y la miraban a su madre como a un bicho raro cuando hablaba en su lengua. Él también había sufrido el llamado trastorno por déficit de atención: había sido un ADD, para decirlo más rápido y preciso. Patologías del desamparo, sin *otro* que lo sostuviera, sosteniendo él, como podía, sin bordes ni anudamientos posibles... Y después tenemos este chico adoptado, siguió diciendo el director (y tampoco a su ser huérfano le resultó ajeno aquello) y a los bolivianos que los discriminan, (igual que a los rusos), y bueno, usted sabrá cómo manejarlos. Son años de experiencia, dijo él y tomó la lista pensando cuánto tiempo le

llevaría unir los nombres con las caras que aún no había visto, salvo la de Humberto. A propósito, dijo, tengo un chico sin delantal en el grado y quisiera que no falte a clase por ese motivo: ¿hay aquí bolsa de usados? Pregúntele al portero. Puede que haya algo.

Los Pudovkin habían llegado a Buenos Aires pocos años después de colocada la piedra fundamental de los nuevos mataderos que reemplazarían a los Corrales Viejos impulsados por Sarmiento. Descampados y huellas de tierra encontraban los reseros que a caballo llegaban desde González Catán, por Puente de la Noria, Avenida General Paz o Rivadavia. Allí se instalaron los Pudovkin, en la Nueva Chicago del oeste porteño, y allí asistieron a la inauguración del Mercado de Hacienda. El arroyo Cidáñez, por años llamado “el arroyo de la sangre”, atravesaba el sitio: hacia él derivaban todos los desperdicios de la industria carnicera. Recién en los años setenta una ordenanza municipal estableció los límites de Mataderos, que conservó su nombre a pesar de no faenarse ya animales. Frigoríficos, triperos, depósitos e industria cárnica y sus derivados, compartieron el espacio con las casas hechas a pulmón. En una de esas casas criaron a sus ocho hijos los Pudovkin, de los cuales mi padre fue el menor, el que casi no conoció a mi abuelo, muerto mientras descuartizaba un animal en el frigorífico donde trabajaba. Los relatos no coinciden. Mi tío mayor dice que una sierra le seccionó una mano y se desangró camino al hospital. Otro de mis tíos afirma que en la ambulancia sufrió un paro cardíaco y esa fue la causa de su muerte. Ningún pensamiento y palabra son neutros. Mi padre tenía cinco años y no recuerda nada, salvo los gritos de su madre cuando se enteró del accidente. Después de eso mi abuela dejó de hablar en castellano, idioma que nunca había aprendido del todo, y sólo habló en ruso. Sus hijos se convirtieron en profesionales del desguace, menos mi padre que estudió magisterio y no volvió a probar la carne. Soy un hueso pelado, solía decirnos con aquella sonrisa tristonza que levemente torcía su cara hacia la izquierda, cuando los

aspectos positivos de su austeridad se desconectaban de sus soportes principales: mi madre, hasta que murió, y yo, su único hijo, tratando de entender qué era ese hueso pelado, temeroso de meterme en un pantano del cual sería difícil salir.

Las vacas son animales grandes, curiosos, sociables e inteligentes, especialmente sensibles a los sobresaltos que les causan miedo, solía contarme cuando yo me negaba a comer espinacas. En ellas la vista es más importante que el oído, pueden distinguir colores y ver en profundidad, perciben mejor las líneas verticales que las horizontales y mientras comen hierba pueden ver permanentemente el horizonte. Son sensibles a los movimientos y contrastes de luz; basta una sombra en el suelo para que no quieran acercarse a esa zona. Sufren estrés cuando son llevadas a lugares que desconocen o no les son familiares y pueden sentir el tacto más sutil sobre su piel, llegando a vivir unos quince años si no se las asesina al año de su nacimiento para obtener de ellas una carne más tierna. En libertad disfrutan estando tranquilas, cuidando y queriendo a los suyos, pastando en sus lugares favoritos y tomando sol. Les gusta pasar su tiempo con otros individuos de su especie, tan diversos en personalidad y preferencias como cada uno de nosotros; algunas son tímidas, otras aventureras. Cuidan y lamen a quienes quieren o a aquellos con quienes tienen confianza. La relación entre la madre y su cría es especialmente fuerte, y empieza cuando la madre se aparta del grupo para dar a luz. Una vez nacida la cría, la madre empieza a lamer su cría y así se familiariza con su olor. A las madres les gusta dormir junto a sus hijos, cuidarlos y protegerlos. Las vacas explotadas por su leche lloran durante días cuando son separadas de sus terneros. Durante ese tiempo se mantienen aletargadas y tristes y no es raro ver cómo otras vacas del grupo tratan de acercarse a animarlas. Las vacas pueden recordar acontecimientos durante un largo período de tiempo; recuerdan sus hogares y casi siempre encuentran sus sitios favoritos; pueden recordar rutas migratorias, lugares donde hallar agua o las

mejores zonas de pasto, así como el sitio donde dejaron a su ternero mientras pastaban. Las relaciones que establecen entre ellas, sumadas a su memoria, les permiten tener amistades durante toda su vida, así como enemistarse y mostrarse recelosas con aquellas vacas que las han tratado mal o les han hecho daño a algunos de los suyos. Tan llamativo es el comportamiento de algunas, que son comunes las historias de vacas que han utilizado su inteligencia para evitar la muerte, andar kilómetros para reunirse con su ternero, o escapar de un matadero.

Mi padre se sabía de memoria el relato. Lo había escrito él mismo a los doce años para un concurso literario organizado por la escuela, sobre el tema “La vaca”. Le dieron de premio *El Matadero*, de Esteban Echeverría y ambas cosas lo acompañaron durante el resto de su vida: el libro de las matanzas en la época de Rosas y el texto escrito con su letra que le leería a sus alumnos, descendientes en su mayoría de los matarifes de la zona. Fue también a esa edad que decidió ser maestro. Su primera alumna fue mi abuela que aprendió a escribir el castellano y pudo volver a hablarlo. Cuando le dije a mi padre que quería estudiar Ciencias de la Educación, le brillaron los ojos.

Nos encontramos a desayunar en un bar de Liniers, a la vuelta de la escuela donde empezó a trabajar unos días después de nuestra coincidencia fortuita. Nunca le comenté que yo estaba allí durante su entrevista con el director: ¿por pudor? No lo sé.

Lo encontré más delgado.

Aflojá, viejo, le dije, no te excedas, estás a punto de jubilarte. Para aflojar es necesario primero hacer contacto; hay que agarrar para aflojar, me respondió. Sí, claro, como ver para dejar de mirar, o alimentarse para dejar de comer. Mi padre me miró como me miraba cuando era chico y yo le decía que no quería ir a la escuela. Se me hace tarde, dijo, tengo que irme. De acuerdo, lo frené, pero antes contestame una

pregunta: ¿qué ha sido para vos enseñar? Se levantó, abrió su mochila y sacó el delantal.

Lo desarrugó con las manos y se lo puso. Enseñar fue lo único bien aprendido, dijo. Me

besó en la frente y salió apurado rumbo a la escuela.